



Las feas también las enamoran

Phillipa

ELIZABETH URIAN

Phillipa no es como la mayoría de las damas londinenses que provienen de familias nobles. Es fea, pero nunca le ha importado, porque ya de joven supo qué deseaba para ella y luchó con ahínco para conseguirlo, aunque eso la alejara de los estándares sociales habituales.

Ahora es enfermera, por lo que no se limita a ayudar a los desfavorecidos con obras de caridad, sino que ha hecho de su profesión un modo de vida. Además de trabajar en un hospital, también recorre los peores barrios de Londres tratando de ayudar a los que viven en ellos, por lo que precisa la ayuda de un protector.

Tras un incidente, su familia toma cartas en el asunto y le impone a Sebastian Field, que la sigue a todas partes abrumándola con unas normas que coartan su libertad, lo que los enfrenta en sus distintos puntos de vista.

Y mientras cada uno de ellos aprende a ceder, Sebastian se revela como un hombre que ve más allá de las apariencias y que la comprende y admira. Cuando los sentimientos hagan acto de presencia, ambos deberán tener cuidado, pues los peligros acechan donde menos se lo esperan.

Índice de contenido

Cubierta

Phillipa

La familia

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

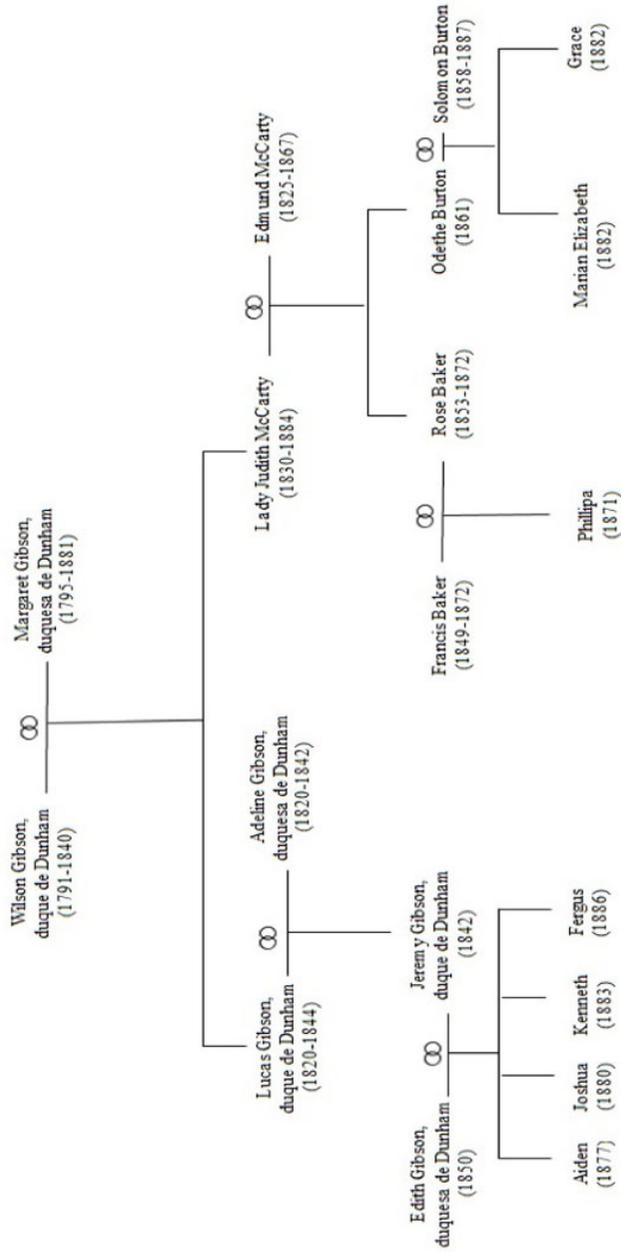
Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

Sobre las autoras



Prólogo

Londres, 1888

—Phillipa, ten la amabilidad de sentarte. Quiero hablar contigo. —Las palabras sonaron con exquisita dulzura, tal como acostumbraba a dirigirse a ella. No fue eso, en cambio, lo que llamó su atención, sino más bien la formalidad con la que la habían hecho ir al despacho.

Se le erizó la piel.

La joven miró primero a su tío Jeremy para, acto seguido, voltear el rostro hacia sus tías Edith y Odethe. Ambas mujeres descansaban en el sofá de caoba bermellón, de un tono muy similar al papel pintado que cubría las paredes del despacho. A sus espaldas, una gran estantería llena de libros de encuadernación antigua dominaba la estancia —compuesta por muebles oscuros— y una chimenea de mármol blanco con ornamentos dorados resaltaba como pieza central.

No se dejó impresionar por esa elegancia. Estaba acostumbrada a ella.

—¿Qué ocurre?

—Nada malo —respondió su tutor—. Solo he pensado que te haría bien contar con la presencia de tus tías.

No obstante, que le tomara la mano derecha y se la estrechara con afecto no aplacó sus dudas.

—Por supuesto —barbotó, todavía desconcertada, pues desconocía el motivo por el que había sido llamada justo después del desayuno.

Phillipa se acomodó en una de las sillas tapizadas y esto lo hizo tras el antiguo escritorio. Esperó a que él comenzara.

—La semana pasada tuve una conversación muy interesante con lord Northey, cuya familia procede de Dorset. Es el heredero del condado. —Phillipa asintió a modo de respuesta, no muy segura de adónde pretendía llegar. Para ella, el caballero en cuestión no era más que otro de los aristócratas con los que coincidía en las reuniones a las que su familia la arrastraba en plena temporada social—. Al parecer, le dejaste una muy buena impresión.

Phillipa tardó en asimilar las palabras y cuando al fin lo hizo no pudo evitar sonar suspicaz.

—¿Yo? No será por mi belleza... —bromeó, ya que se consideraba una joven falta de eso mismo. Su rostro no era solo anodino, sino que carecía de cualquier rasgo que la hiciera mínimamente hermosa.

Ella se aceptaba tal cual era. Con aquella broma solo pretendía que todos rieran y distender así el ambiente, si bien su tía Edith le echó una dura mirada de reproche.

—Cada uno es como es —señaló la duquesa—. La belleza se encuentra en el alma.

—Y está en poder de cada uno apreciar ese rasgo —replicó el marido, mirándola con devoción—. Yo lo hice con tu tía y desde entonces soy el hombre más afortunado del mundo.

—Pero bien que te costó doblegarte —declaró Phillipa, que conocía su historia a la perfección. Le encantaba escuchar el modo en el que ambos habían llegado a enamorarse, pasando del odio a un sentimiento que parecía crecer día a día.

—Por suerte, reaccioné antes de cometer un error irreversible y actué en consecuencia. Jamás podré estar más agradecido porque mi querida Edith me correspondiera.

Su esposa le obsequió con una sonrisa cargada de adoración que hizo que Phillipa suspirara de envidia.

Su presentación en sociedad no había despertado demasiado revuelo entre los posibles y aceptables candidatos —un detalle que tampoco esperaba—. Además, el duque de Dunham se encargaba de mantener a raya a los lores solo interesados en su dote, por lo que sus opciones eran escasas —lo cual resultaban ser excelentes noticias, ya que no estaba preparada para casarse. No todavía—. Eso, sin embargo, no significaba que no pudiera soñar de vez en cuando con enamorarse y vivir una vida llena de amor y felicidad.

—Jeremy, cuéntale a Phillipa sobre la visita de lord Northley —le pidió Odethe.

No fue grosera, aunque tampoco resultó gentil. La mujer solía comportarse con demasiada solemnidad y una pizca de severidad incluso estando rodeada de familia. Solo tenía veintisiete años, si bien aparentaba más debido a su expresión adusta, a su recogido demasiado tensado y a su vestido negro. Odethe Burton seguía llevando un luto riguroso incluso tras haber pasado más de un año desde el fallecimiento de su esposo.

—Por supuesto, prima. ¿Acaso crees que voy a olvidarme de la pedida de matrimonio?

Sorprendida, Phillipa sintió cómo el calor abandonaba su cuerpo. Sus piernas flaquearon, incluso sentada. Le costó articular la voz, si bien al final fue incapaz de terminar la pregunta.

—¿Estás diciendo que...?

Su tío asintió con una sonrisa pintada en los labios.

—Lord Northley dijo que no pareces una joven atolondrada. Al parecer estuvisteis hablando sobre el brote de cólera que sufrió Londres a mediados de siglo y de cómo han ido cambiando las medidas higiénicas en la ciudad.

—¡Santo Cielo! —La exclamación de tía Odethe hizo que todas las miradas recayeran en ella. La mujer parecía horrorizada—. Esa no es una conversación apropiada para una dama —la riñó.

—Aunque debo decir que no es un tema muy agradable —opinó el cabeza de familia con prudencia—, nuestra querida Phillipa tiene unas inquietudes que nada tienen que ver con los bordados.

—Porque tú se lo permites —terció su prima con cierta acritud—. La animas demasiado con sus lecturas.

—¿Preferirías que se lo prohibiera?

—No voy a casarme con él —anunció Phillipa de golpe para evitar una discusión innecesaria—. Le agradezco a lord Northley su interés, pero no lo haré. Tío, me prometiste que tras mi presentación podría comenzar las clases en la escuela de enfermería.

—¿Cómo?! —Odethe reaccionó al acto—. Es la primera vez que escucho semejante despropósito.

«Por eso mismo te lo oculté», pensó Phillipa.

—Quiero ser enfermera —anunció con absoluta claridad, convicción y con la cabeza bien alta, lo que le valió una mirada reprobadora.

—No estoy muy seguro de querer eso para ti, Phillipa.

Ante semejante declaración de intenciones por parte del duque, Phillipa le lanzó una expresión cargada de reproche antes de levantarse y empezar a andar por la biblioteca como un animal enjaulado. En los últimos meses había soportado la vorágine de los preparativos de su presentación en sociedad porque sabía que tras ella podría hacer lo que en realidad deseaba.

La joven se detuvo a una pulgada del escritorio.

—Tío, me diste tu palabra.

—¡No puedes permitirlo! —intervino Odethe con vigor—. Phillipa pertenece a una familia decente. Su bisabuelo fue duque. Tú, primo Jeremy, eres duque. ¿Qué dirán nuestros conocidos? ¿Has pensado en su reputación?

—¿Reputación? —repitió Phillipa girándose hacia ella con los ojos abiertos de par en par. No estaba sorprendida por la beligerancia que mostraba su tía, tan apegada a las convenciones sociales como estaba, pero no podía tolerar

que convenciera al único que podía dar al traste con todos sus sueños—. Ejercer de enfermera licenciada no es una deshonra, sino una profesión decente. Quiero ayudar a los más necesitados.

—Podrás hacerlo cuando estés casada. Las obras de caridad son una distracción apropiada para una dama —terció su tía Odethe.

—Eso no es lo yo deseo.

—Phillipa, tienes una pedida de matrimonio formal. Debes casarte.

—No —contestó con obstinación—. No lo haré ni aunque me arrastres por la iglesia.

Odethe lanzó un gemido.

—¡Insolente!

Phillipa no hizo caso.

—Florence Nightingale fue una joven de buena familia, y en lugar de casarse y tener hijos como se esperaba de ella, fue a la guerra de Crimea para fundar después su escuela de enfermería —replicó.

—¿Es esa mujer quien te ha metido semejante idea en la cabeza? —preguntó, indignada, mientras arrugaba el cejo.

Phillipa suspiró exasperada. ¿Acaso su tía permanecía ciega al mundo? Entonces tuvo que recordarse que en los últimos años había pasado por mucho: perdió a su madre, a su esposo, y ahora debía ocuparse ella sola de la crianza de sus dos hijas, las mellizas Marian Elizabeth y Grace.

Trató de no tener en cuenta sus protestas y se lo explicó todo con delicadeza.

—Eso no ha podido suceder porque ni siquiera la conozco en persona. Sucede que he leído mucho sobre ella y su historia me inspira. Yo quiero hacer mi propio camino, aunque el primer paso es ingresar en la escuela de enfermeras del Saint Thomas's Hospital.

Odethe no reaccionó con la misma delicadeza que mostraba Phillipa.

—¡No me importa en absoluto quién sea o lo que hizo esa Florence! —Hizo aspavientos con las manos y sacó un pañuelo con el que secarse la cara—. ¿Jeremy?

El duque miró a una y a otra para finalmente posar los ojos sobre su esposa. Ella le dio su apoyo con un sutil asentimiento de cabeza.

—Odethe, creo que puedes retirarte. Yo me encargaré. Esta se negó en redondo a marcharse.

—Por supuesto que no. No vais a excluirme de esta decisión. Tiene diecisiete años; no puedes hacer caso de sus delirantes fantasías.

—Te recuerdo que yo soy su tutor. Me corresponde a mí dar la última palabra.

Su respuesta consiguió airarla.

—Y yo te recuerdo que es más sobrina mía que tuya —argumentó retadora, con la espalda bien tiesa y la barbilla alzada.

Jeremy, en realidad, no era su tío, sino primo de su madre —que, junto a su padre, falleció cuando ella era pequeña— y de Odethe. Sin embargo, Phillipa siempre lo había llamado así.

—Está bien, está bien —intercedió Edith con dulzura—. Odethe, entiendo que estés preocupada, pero ¿acaso no confías en el buen hacer de Jeremy?

—Lo hago. Él abrió las puertas de su casa a mis hijas y a mí tras el fallecimiento de mi querido Solomon. Solo tengo miedo de que su juicio se vea alterado por los sentimientos que tiene por Phillipa. Nunca le ha negado nada.

Aquello era terriblemente cierto. Desde la muerte de la abuela de Phillipa, él la había tratado como si fuera su propia hija, queriéndola de igual modo que a su primogénito Aiden o a los que nacieron después: Joshua, Kenneth y Fergus. Jeremy se interesaba por los estudios de la joven, manejaba su dote para aumentarla, mantenían estimulantes conversaciones mientras paseaban juntos por Stanbury Manor y se retaban al ajedrez. Se había acostumbrado tanto a

ella, a sus abrazos y a sus sonrisas, que le resultaba difícil aceptar la idea de dejarla ir.

Jeremy se masajeó la nuca con cansancio, meditando bien sus opciones. En un primer momento pensó que la oferta de lord Northley era una noticia espléndida. Sin embargo, eso significaba que Phillipa se casaría y se alejaría para siempre de su protección.

Ese pensamiento consiguió que su estómago ardiera. Su sobrina no estaba preparada para ello, pero ¿ser enfermera? ¿Era ese su destino? Por supuesto que no; ella merecía algo mejor.

—Tío, ¿vas a cumplir con tu palabra o vas a hacerme desdichada? —le presionó Phillipa con un tono suplicante al que era difícil resistirse.

—Y bien, Jeremy, ¿qué será? ¿Vas a permitirle el capricho o vas a asumir tu papel de tutor como corresponde?

Jeremy Gibson, duque de Dunham, tragó saliva. Fuera cual fuera su decisión iba a terminar encontrándose en problemas.

1

1898

—La hermana Milton la acompañará a la sala de reposo.

Con una mirada de entendimiento y un apenas perceptible movimiento de cabeza, la enfermera tomó de la cintura a Betsy y ambas salieron de la sala de curas dejando tras de sí la puerta abierta.

Phillipa suspiró con cansancio y se negó a adivinar lo tarde que era.

—Podría haber ido peor.

La voz de Martin la sobresaltó. Lo miró e intentó esbozar una sonrisa.

Sí, podría haber ido peor. Como por ejemplo que Betsy hubiera acabado muerta en lugar de solo presentar heridas superficiales en el brazo.

—¿Doctor?

Un policía se asomó a la sala y eliminó la posibilidad de que pudiera responderle.

—Solo es una herida superficial que curará en poco tiempo —informó Martin con voz muy profesional, acercándose a él.

«Sí, de eso no tardará en reponerse», pensó Phillipa. Lo que dudaba era que Betsy olvidara jamás el rostro iracundo de uno de sus clientes mientras trataba de acabar con su vida.

—Pero la señorita ha decidido quedarse con nosotras un tiempo para que atengamos sus otras hum... dolencias.

Los tres sabían a qué se refería, pero el agente tuvo el buen tino de asentir.

—Quizá sea lo mejor.

Lo era, por supuesto. Para todos.

—Lo acompaño a la salida, entonces —se ofreció Martin. Por el momento, su trabajo había concluido, aunque no su turno.

El agente de policía lo detuvo con un gesto.

—No se moleste, doctor, conozco el camino.

—Insisto. ¿Le importa, enfermera Baker? —preguntó Martin, siempre pendiente del protocolo cuando no estaban solos.

—En absoluto, vayan. Todavía me queda trabajo que hacer. —Lanzó una significativa mirada a la camilla y la mesa llena de vendas, baldes con agua ensangrentada y utensilios de curas que había que limpiar y esterilizar.

Ambos se despidieron y desaparecieron, dejando tras de sí el silencio que ella tanto valoraba y que la rodeó como una cálida y confortable manta.

Mientras se lavaba las manos con meticulosidad debía recordarse todo lo bueno de su trabajo. Y no porque lo necesitara; Phillipa amaba ser enfermera. No solo era un trabajo, sino parte indefinible de ella misma desde hacía ya muchos años. Además, esa noche, no solo había ayudado a curar un brazo lastimado. Sus esfuerzos habían dado fruto por fin y Betsy había aceptado ingresar para que la ayudaran a tratar la sífilis que padecía, motivo por el cual el cliente de la prostituta, después de descubrirlo, había pretendido asesinarla en un ataque de ira.

Trasladó el instrumental a la sala de esterilizar, donde permaneció más de media hora hasta que lo tuvo todo limpio y devuelto a su lugar original. La ropa iba directa a un cesto que recogerían por la mañana temprano. Solo faltaba devolver algunos ungüentos y frascos de cristal con medicamento y podría dar por concluida su jornada.

Su jornada. Hacía horas que tendría que haberla terminado. En esos momentos debería estar en su casa, arropada bajo las sábanas y soñando con salvar más vidas. Sin embargo, no la esperaba nadie allí, ya no. Parte de su vida y su motivación se encontraba entre esas paredes, pasillos y salas que conformaban el hospital St. George Women's Charity. Gracias al esfuerzo de su esposo y de ella misma, el sueño de ambos se había hecho realidad.

«Aunque Charles no vivió lo suficiente para verlo con sus propios ojos». Phillipa esbozó una mueca al pensarlo.

Algunas cosas habían ido tal como las imaginó para ella. Otras, no tanto. A pesar de las dificultades, era enfermera jefe por mérito propio. Gracias a la financiación de Jeremy Gibson —duque de Dunham—, a una considerable fracción de su dote y a la incansable labor junto a su difunto marido, había creado ese hospital para mujeres, situado no demasiado lejos de la zona portuaria londinense.

Allí nadie sabía la relación que la unía a su tío, ni por qué ella pertenecía a la junta directiva. Por supuesto, estaba enterada de lo mucho que se especulaba sobre ello, pero Phillipa prefería no darle demasiada importancia.

Por eso había luchado tanto, por un lugar así, al que pertenecer y en el que poder ayudar. Y mientras recorría los silenciosos pasillos echó una mirada ligera a su vestuario.

«El hábito hace al monje», pensó.

Pues en ese caso, el suyo la identificaba sin lugar a dudas como enfermera. Su impoluta cofia blanca, la camisa de rayas azules con sus puños y cuello almidonados y la falda del mismo color protegida por un delantal blanco que a esas horas no presentaba su mejor aspecto. Con esa indumentaria, no era posible prestarse a confusión en cuanto a su trabajo. Aunque no solía usarlo para pasear por los barrios y distritos más pobres como Whitechapel, Limehouse o Poplar, así como en las zonas de los puertos y muelles.